

tando profundos agujeros, amenazaban ser la tumba de los caballos y de los jinetes; y un ejército de veinte mil hombres esperaba caer sobre él cuando le viese fatigado por la pelea, pugnando por salir de la poblacion con algun insignificante resto de sus fuerzas.

Pero estas reflexiones en nada desmayaron el espíritu de aquel hombre extraordinario. En vez de dar entrada al temor, acudió á los recursos que le inspiraba su osadía para salir triunfante. Una idea se fijó en él, de repente, que abrazó como única eficaz para salvarle. Pero antes de ponerla en ejecucion quiso cerciorarse, por las mismas autoridades cholulesas, de que era cierto el plan dispuesto para hacerle sucumbir. Viendo que los gobernantes, con pretextos frívolos, se negaban á visitarle, logró que pasasen á verle dos sacerdotes, uno de ellos persona de alta dignidad en el clero. Cortés les recibió con las distinguidas consideraciones dignas de la clase á que pertenecian, les obsequió con algunas piedras preciosas, de las enviadas por Moctezuma en sus espléndidos presentes, y les manifestó el sentimiento que tenia de ver alejadas de su cuartel á las personas principales, de quienes habia recibido, al principio, las manifestaciones mas señaladas de aprecio. Añadió que ignoraba el motivo que habia dado para que se hubiese verificado aquel cambio, y que, por lo mismo, deseaba tener una entrevista con los señores principales. Ofreció el ministro idólatra realizar el deseo de Cortés; y, con efecto, á los pocos instantes se presentaron aquéllos en el cuartel español.

El jefe castellano les dijo con sentidas palabras, que le manifestasen con franqueza, como correspondia á hom-

bres honrados, si tenian alguna queja contra él ó sus subordinados, porque estaba dispuesto á darles una satisfaccion cumplida. Añadió que pensaba dejar la ciudad al siguiente dia, muy de mañana, para dirigirse á la corte de Moctezuma, y que no quisiera partir sin dejarles satisfechos. Suplicó en seguida que le facilitasen los indios de carga necesarios para conducir los bagajes y artillería, y dos mil guerreros que le acompañasen en su marcha.

La alegría brilló en el semblante de los gobernantes choluleses al escuchar la determinacion de Cortés, por mas que procuraron disimularla. Creian cercano el momento de acabar con los soldados extranjeros. Su salida del cuartel seria su muerte. Todo estaba perfectamente preparado para hacerles perecer en las calles y en la salida de la ciudad. Contentos con la esperanza de la pronta realizacion de sus deseos, respondieron que no tenian motivo ninguno de queja; por el contrario, que estaban altamente complacidos del noble comportamiento de los españoles, y que, al siguiente dia, tendria, como deseaba, los dos mil guerreros y los tamemes necesarios para la carga.

Terminada la entrevista, los choluleses se alejaron rebosando de placer el corazon, acariciando la halagadora idea de que pronto verian realizado su proyecto.

Cortés volvió á llamar á los dos sacerdotes que tenian su *teocalli* contiguo al alojamiento español. Necesitaba oír de ellos la verdad para tomar una resolucion definitiva. Al presentarse, el general castellano les agasajó de nuevo, haciéndoles otros regalos de mas valía que el primero. Les dijo que, como ministros de una religion, estaban obligados á no mentir, y que por lo mismo esperaba que le

manifestasen, como hombres de conciencia, si era cierto que existía un plan para matarles. Añadió que hablasen sin temor, porque nadie llegaría á saber que le habían confiado secreto ninguno. Las maneras distinguidas de Cortés, su afabilidad, y sobre todo, la creencia de que con revelarles lo que él mismo sabía y les había indicado á nadie ofendían, hicieron que no ocultasen nada de lo que pasaba. Moctezuma había manifestado—dijeron—una conducta irresoluta desde antes de que fueran recibidos en Cholula. Unas veces recomendaba una recepción espléndida; otras ordenaba que se indicase á los extranjeros que no avansasen. Luego dispuso que se les acogiese como á leales amigos; y por último, creyendo que la ciudad de los dioses, la ciudad santa, podía ser la tumba de los temibles huéspedes, según la respuesta dada por el número de la guerra Huitzilopochtli, á quien había consultado por medio del oráculo, ordenó la muerte de los españoles. Los sacerdotes confirmaron la llegada de veinte mil hombres desde el día anterior; los hoyos practicados en las calles; los parapetos levantados, y cuanto Cortés conocía ya referente al sangriento plan.

Agradecido el jefe español á las noticias dadas por los interrogados sacerdotes, les hizo algunos regalos y los dejó salir, recomendándoles el silencio mas profundo. Les aseguró que al siguiente día marchaba para Méjico; pero que si algo revelaban, á la vuelta de la corte de Moctezuma pagarían con la vida su falta de secreto.

Seguro Hernán Cortés del plan tramado por los choluleses, reunió un consejo de oficiales y les hizo saber el peligro de que estaban amenazados, pidiendo que cada uno

expusiera libremente su opinión respecto á lo que sería conveniente hacer. El jefe español, antes de convocar la junta, había tomado ya una resolución que juzgó eficaz, pero quería escuchar el parecer de sus compañeros.

La noticia causó profunda impresión, y las opiniones se dividieron según el carácter de cada uno de los individuos de la junta. Los que desde que desembarcaron habían tenido por irrealizable y quimérica la empresa, opinaron por que se volviese á Tlaxcala, desde donde podría el ejército retroceder con seguridad á la Villa Rica. Otros, mas osados, pero prudentes, manifestaron que daría buen resultado tomar el camino por Huexotzinco, recomendado por los tlaxcaltecas; y los mas esperaron escuchar el dictamen del general, resueltos á aceptarlo.

Tomó Cortés la palabra, y todos guardaron silencio. Para el caudillo español las determinaciones á medias solo podían producir osadía en los contrarios y tibieza y temor en los amigos. Dijo que se había llegado hasta allí manifestando la decisión de marchar á la corte de Moctezuma, y que retroceder en aquellos momentos sería revelar impotencia para seguir la marcha, y miedo á la actitud tomada por los choluleses. Bastaba esto, según su opinión, á que los habitantes de la ciudad cobrasen mayor brío, cerrasen por todas partes la salida, y acudiesen nuevos ejércitos que hiciesen imposible la retirada. El triunfo resultaría de arrojarse al peligro para intimidar á los contrarios. La muerte y la deshonra, de retroceder un paso á la vista de los obstáculos. Habían repetido que irían á visitar al emperador de Méjico á su misma capital, y era preciso cumplirlo. Un golpe dado á los choluleses, sorprendiéndolo-

les cuando soñaban sorprender, y un ejemplar castigo en ellos, abriría por completo las puertas de la corte azteca. Haciendo ver al enemigo que los españoles no podían ser vencidos por medio del artificio y del dolo, como no lo podían ser en el campo de batalla, las hostilidades terminarian para siempre, dando por resultado el servicio de Dios y del rey, y la honra de los que habían consumado la obra mas extraordinaria en los anales de las conquistas.

La opinion de Cortés fué acogida con aprobacion y entusiasmo general por la mayoría. Unicamente la tenían por temeraria los soldados que poseían productivas haciendas en Cuba. El resto del ejército, mirando aquella campaña como una santa cruzada, vieron en la determinacion de su valiente caudillo el deber del cristiano y del leal vasallo. Entre los soldados, dominados del mismo espíritu religioso que su general, se encontraba el franco historiador Bernal Diaz, que, segun él mismo dice, «tenía ofrecida, como la tenían otros muchos, su alma á Dios; y los cuerpos, heridas y penalidades, hasta terminar la vida, en servicio del Sér Supremo y del rey» (1).

Resuelta la permanencia en Cholula para dar un golpe decisivo sobre los que habían proyectado conducirles al sacrificio, Cortés distribuyó su gente en diversos puntos del cuartel, encargándoles suma vigilancia y disimulo.

Tomadas las precauciones que dictaba la prudencia,

(1) «Que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas á Dios, que las crió, y los cuerpos é heridas y trabajos, hasta morir en servicio de Nuestro Señor y de su majestad.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

llamó á los embajadores mejicanos que tenían su alojamiento próximo al de los españoles. Cortés, como quien confía un secreto á un amigo, les refirió la trama que acababa de descubrir dispuesta por los choluleses. Les dijo que se atribuía el proyecto al monarca Moctezuma, lo cual sentía en el alma, porque á ser cierto, se vería precisado á tratar como á enemigo al que había pensado visitar como á gran señor de una poderosa y noble nacion.

Los diputados aztecas protestaron solemnemente que ignoraban la páfida conspiracion de que les hablaba, y le aseguraron que, con respecto á su soberano, estaban ciertos de que muy lejos de hallarse mezclado en el infame proyecto de los choluleses, castigaria severamente á los autores de él.

Cortés, cuya política era conservar la buena armonía con el emperador mejicano, para no crear nuevos obstáculos y aprovecharse de los buenos servicios que le prestaba con su conducta irresoluta, fingió dar crédito á las palabras de sus embajadores. Les dijo que comprendía que la acusacion contra él envolvía una calumnia de los páfidos choluleses para justificar la infamia que proyectaban. Pero la ofensa hecha al monarca azteca, faltando á las instrucciones de benevolencia que había dictado hácia el ejército español, se encargaba de castigarla de una manera ejemplar, dejando eterna memoria en los choluleses de la venganza tomada por la injuria á Moctezuma, y por el plan sangriento contra los españoles.

Terminada la conferencia les suplicó que permaneciesen en el alojamiento español para evitar que pudiera alguno acusarles de estar en connivencia con los conspi-

radores, y les destinó una habitacion, donde colocó centinelas, á fin de que no se comunicasen con los de la ciudad.

Llegó la noche. Hernan Cortés llamó á sus capitanes y les confió en secreto el plan que habia concebido, instruyéndoles de lo que debian hacer al llegar la hora de la ejecucion. Activo y previsor, aumentó el número de centinelas y vigilantes, y envió al campo tlaxcalteca algunas instrucciones relativas al proyecto meditado.

Los soldados españoles se entregaron al reposo, vestidos y con sus armas al lado.

Los caballos, con la silla y freno puestos, estaban junto á los jinetes, que dormian sin quitarse ni aun las espuelas.

La ciudad se encontraba entregada al descanso.

El silencio sepulcral de la pavorosa noche solo era interrumpido por el lúgubre y penetrante sonido de las bocinas con que los sacerdotes anunciaban el curso de las horas (1).

Hernan Cortés escuchaba aquel sonido, que se repetía á toda hora que transcurria, esperando con impaciencia la luz de la mañana. Ni un solo instante quiso cerrar los ojos, para vigilar sin descanso por la seguridad de su ejército.

(1) «Las horas de la noche las regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin, ciertos instrumentos como bocinas, con que hacian conocer al pueblo el tiempo.»—Gama, *Descripcion*, parte I, p. 14.

## CAPÍTULO XXXV

Llegan al cuartel español los gobernantes de Cholula con las tropas que han de acompañar á Cortés.—Les hace saber éste que está descubierto el plan.—Sangrienta escena en los patios del cuartel.—Se hace general la accion en la ciudad.—Número de muertos.—Opiniones respecto del hecho.—Se restablece la paz.—Se abre el comercio y vuelve la ciudad á su pasada animacion.—Cortés hace que se reconcilien tlaxcaltecas y choluleses.—Cortés destina al culto católico el templo principal.—Hace que pongan en libertad á los que estaban alimentando para llevarlos al sacrificio.—Afea á los embajadores mejicanos la conducta de Moctezuma.—Niegan que haya ordenado el emperador nada contra los españoles.—Nueva embajada de Moctezuma agradeciendo lo hecho por Cortés con los choluleses.—Sube Diego de Ordaz al volcan de Popocatepetl.—Se refiere la ascension de Francisco de Montaña algun tiempo despues y su atrevida bajada por el cráter.—Se dispone la marcha para Méjico.—Los cempoaltecas piden permiso á Cortés para volverse.—Cortés se lo concede y les da muchos regalos.

Llegó el nuevo dia con no menos impaciencia esperado por Hernan Cortés que por los gobernantes de Cholula.

El jefe español habia concebido un plan que juzgaba infalible para hacer fracasar los proyectos de los choluleses, y anhelaba verlo en planta.